

# La poesía y el presente

Alberto Blanco

*“Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos”, afirma Borges en una célebre frase. De la mano de Octavio Paz, del haiku, de la poesía Zen, de Paul Valéry y Kavafis, Alberto Blanco explora en esta meditación la forma en que el presente fugaz se manifiesta en la poesía contemporánea: un diálogo profundo y misterioso con la eternidad.*

“La poesía se aferra al instante y no admite la esperanza, el consuelo de la razón”, dice María Zambrano. Este aserto se podría leer de la siguiente manera: la poesía, a final de cuentas, no sucede en el futuro, y por eso no admite esperanza; ni sucede en el pasado, y por eso no admite el consuelo de la razón. La poesía se aferra al instante porque siempre sucede en el presente.

En el presente, siempre en el presente, acontece la vida de todos los seres, sus manifestaciones y sus respectivas relaciones en el tiempo. No sucedió nunca en el pasado ni sucederá jamás en el futuro. Nada más en el presente. Y es que, en un sentido estricto, no hay pasado, porque el pasado es, por definición, aquello que *ya* no es. Y en este mismo sentido estricto, tampoco hay futuro, porque el futuro es, de nueva cuenta por definición, aquello que *todavía* no es. ¡Qué paradoja tan grande que el presente, la única dimensión del tiempo a la que en realidad tenemos acceso, sea el punto de encuentro de dos inexistencias!

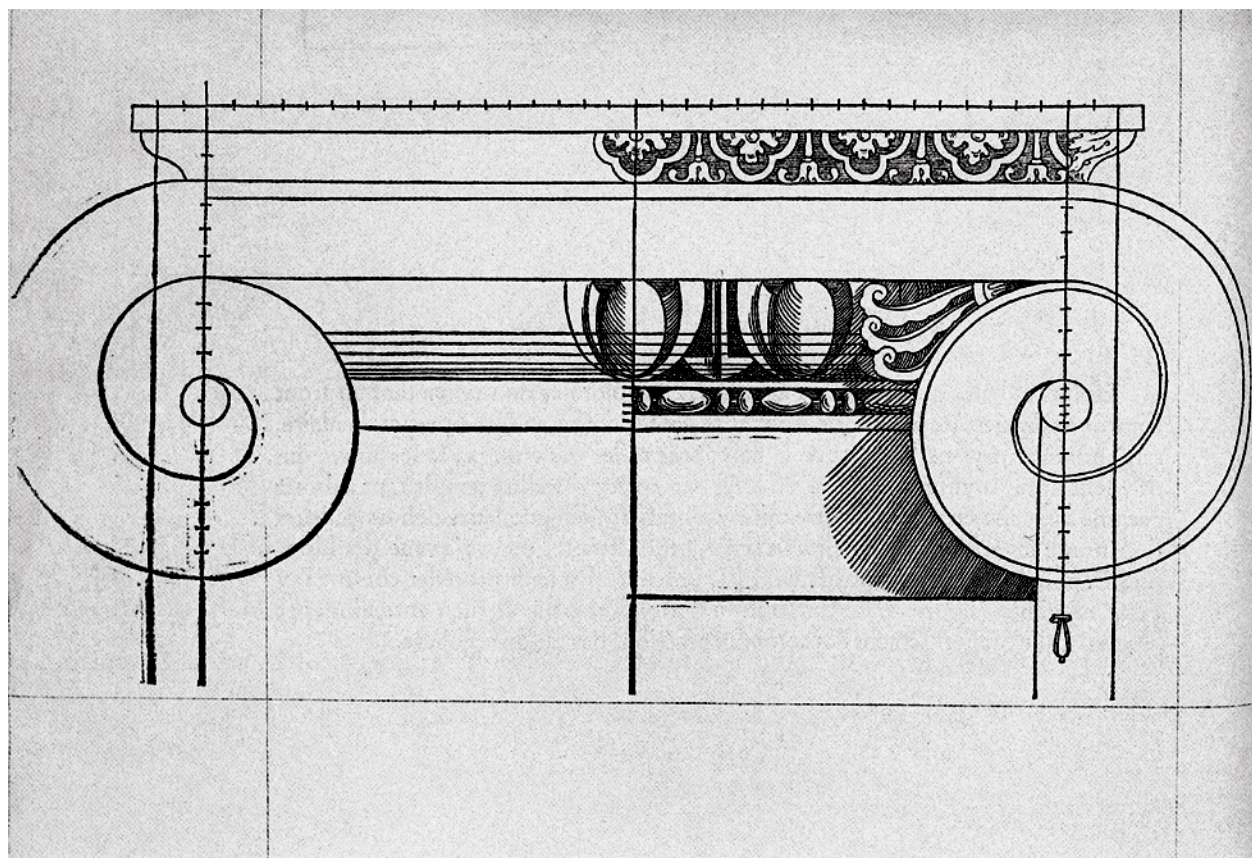
“El instante es extático pero no estático”, dice en *La máscara, la transparencia* Guillermo Sucre al hablar de la poesía de Octavio Paz. Por otra parte, “el presente es perpetuo” sentencia el verso y el pensamiento que se repite a todo lo largo de “Viento entero”, uno de los grandes poemas del autor de *El arco y la lira*. ¿Será acaso ésta

la preocupación central que recorre no sólo de la obra de Paz sino de la poesía contemporánea (y no sólo de la mexicana; y no sólo de la hispanoamericana)? Porque, después de todo, ¿qué otra cosa tenemos si no el presente? Cuando hablamos del pasado o del futuro sólo hablamos de *imágenes* del pasado o el futuro. Y estas imágenes, lo queramos o no, están siempre en el presente.

Frente a la fugacidad inaprensible del tiempo presente, el poeta y su creación —el poema— pueden responder básicamente de dos maneras (al menos esto es lo que ha sucedido hasta ahora). O bien tenemos el famoso *carpe diem* clásico: el tiempo pasa, tratemos de aprovechar este instante (“el viento pasa —dice en el *Cementerio marino* Valéry— intentemos vivir”) y disfrutemos de las breves gotas de placer que nos puede ofrecer la vida; o bien tenemos una visión de otro orden —un orden espiritual— como la que resplandece en el magistral *haiku* de Basho:

Admirable  
aquel que ante el relámpago  
no dice: la vida huye...

Ante estas dos grandes posibilidades es válido preguntar: ¿en la poesía —como en todas las artes— se trata,



Jean Martin, *Construcción de la voluta Jónica*

pues, como quería José Juan Tablada, de fijar “las mariposas del instante”, o más bien se trata de verlas aletear en su infinita fugacidad sin pretender fijar en ellas nada más que nuestra atención?

Estas dos actitudes, que lo mismo podemos ver como opuestas que como complementarias, se encuentran en la raíz de la forma de ver todas las cosas que tendemos a identificar con Oriente y Occidente. Tal vez ya va siendo tiempo de que comprendamos que esta realidad doble y polar que hemos asido mediante una gigantesca metáfora geográfica —Oriente y Occidente— se halla alojada en la estructura, la historia genética y el modo de funcionar de nuestro cerebro mismo, cuyos dos hemisferios trabajan conforme a principios distintos y complementarios: éstas son las dos alas de nuestro pensamiento. No por casualidad “las mariposas del instante” de Tablada tienen dos alas. De otra forma no podrían volar. Lo mismo se puede decir de nuestro cerebro. Y aquí vale la pena recordar que tampoco es una mera casualidad que Tablada haya sido el primer poeta mexicano (y más aún: el primer poeta latinoamericano) que vivió en Japón y que se empapó de la poesía, el arte, la estética y la filosofía japonesas. Fue él quien introdujo la práctica del *haiku* en la lírica castellana “como una reacción contra la zarrapastrosa retórica”.

En su libro *Psicoanálisis y Budismo Zen* (que ya desde el título anuncia esta pareja planetaria, Oriente y Occidente) de Erich Fromm y Daisetz T. Suzuki, éste último presenta un par de ejemplos poéticos que ilustran a la

perfección las dos vías de las que estamos aquí hablando. Por una parte, tenemos la aproximación de Coleridge, que para admirar una flor la arranca y luego se lamenta de la fragilidad y de la siempre temida inminencia de la muerte; por el otro, tenemos un *haiku* japonés donde el poeta tan sólo se limita a contemplar una flor sin tocarla. El contraste entre ambos métodos —y entre los dos modos de entender la poesía y de escribir un poema— es dramático. Sin embargo, ambos expresan las dos puntas de un mismo dilema que tiene que ver con nuestra percepción del presente.

Tal parece que aquí nos hallamos en la presencia de un río con dos vertientes o con dos afluentes sin que ello comporte paradoja alguna. Y es que el presente —y esto lo saben nuestros sentidos mejor que nuestra conciencia y nuestra conciencia mejor que nuestras mil ideas— es UNO. Que se comporte de dos maneras distintas, o que sea aprehendido o sentido por nosotros de dos formas diferentes, en nada disminuye su carácter de fenómeno único e indivisible. El tiempo presente —vale decir: *este* instante— exhibe, como el fenómeno físico de la luz, dos naturalezas distintas en cuanto a su comportamiento —la naturaleza de onda y la de partícula— sístole y diástole: yin yang. Sístole y diástole... pero la sangre es la sangre. Onda y partícula... pero la luz es la luz.

Sin embargo, estas dos maneras de ver, de vivir y de afrontar el presente —el instante— parecen plantear en ocasiones actitudes en cierto sentido irreconciliables,

aunque, en otro sentido, también hermanadas por la velocidad de una paradoja, si no es que de una tautología. Así nos lo hace apreciar Guillermo Sucre cuando dice: “el fulgor del instante es a su vez *instantáneo*: no sólo está siempre al borde o en el límite de su propia consunción, sino que igualmente la prefigura”. Y por si fuera necesario explicitar aún más la supuesta doble naturaleza de nuestra conciencia del presente, más adelante el mismo Guillermo Sucre agrega: “El instante es simultáneamente fijeza y vértigo: fijeza en movimiento, vertiginosidad que se fija”. Este ir y venir entre dos polos tiene una clara función: sin él no hay oleaje, corriente alterna ni contrapunto; no hay obra que redondear. Las piedras de la playa sólo se llegan a redondear merced al persuasivo oleaje. Así, redondear una obra es redondear una forma, una imagen, una idea. Pero ninguna forma poética se aviene mejor a la doble naturaleza de la fijeza y el vértigo del tiempo presente que el velocísimo *haiku*.

Veamos el célebre *haiku* de Basho en una traducción libre de Octavio Paz —que, por cierto, no se ajusta a la medida canónica de las diecisiete sílabas— dando perfecta cuenta de la “fijeza y el vértigo” de esa escena intemporal de una humilde y brillante rana saltando al agua y de sus reverberaciones en el estanque y la conciencia:

Estanque viejo  
salta la rana  
el agua suena

Que la fijeza y el vértigo no sean, al fondo de la percepción, más que una sola realidad, nos indica que estamos aquí en presencia de una metáfora: esto es aquello. Lo fugaz es lo que dura. O, como dice el dicho francés: “Sólo lo temporal es permanente”. O bien, como lo dice el Tao Te Ching: “Todo cambia para que todo siga igual”. En todo caso volvemos a nuestro poético punto de partida una vez que se ha redondeado, pétalo a pétalo, la rosa de los vientos del viento entero: “El presente es perpetuo”. El instante es la embajada de la eternidad.

Y si de lo que se trata es de darle una expresión a “este instante”, no existe forma poética más apropiada que el *haiku*. Porque más breve no se puede. Lo que sigue es quedarse callado. Cualquiera que haya escrito *haikus* lo sabe por experiencia propia. Yo, que a lo largo de los años “he escrito” muchos *haikus*, lo reconozco. Y si con alguna forma poética dudo en usar la expresión “he escrito”, es justamente con el *haiku*. Porque, bien visto, uno no escribe un *haiku*. Un *haiku* aparece. Un *haiku* se escribe. Un *haiku* sucede. Un *haiku* es un colibrí que de pronto llega y dice, “sí”. No hay tiempo para pensar ni para componer. No hay tiempo para adornar y echar a perder. No hay tiempo para argumentar ni convencer. *No hay tiempo*. Eso es todo. En un *haiku* no hay tiempo. Lo que es más: en un *haiku* casi no hay nada...

Pongo como ejemplo el conocidísimo *haiku* de Tablada:

Tierno saúz  
casi oro, casi ámbar,  
casi luz...

En este sentido, la forma y el fondo —si es que queremos usar esta terminología— se corresponden a la perfección. Porque si aquí el fondo es que “no hay tiempo”, o que “casi no hay nada”, la brevísima forma lo realiza impecablemente. La forma aquí se acerca tanto al “contenido” como es posible. Como dice el magistral *haiku* de Basho:

Canto del grillo  
muere sin dejar rastro  
¡Qué breve ha sido!

El *haiku* es la forma poética más breve, más sintética de todas las formas tradicionales que conocemos. En esta forma mínima —y que, por cierto, no es tan antigua como muchos pudieran pensar, puesto que tiene escasos tres siglos de existencia— ha podido desarrollarse una poesía sumamente refinada. El *haiku* surge en Japón, es decir, en el seno de un idioma ideogramático. Un ideograma es una imagen muy elaborada, muy sofisticada, que representa una idea completa. Cada ideograma japonés o chino corresponde fonéticamente a una sílaba. Un *haiku* consta de diecisiete sílabas, es decir, de diecisiete palabras en japonés. En español y en otros idiomas occidentales no es posible escribir un *haiku* con diecisiete palabras si se quiere mantener la medida de las diecisiete sílabas, de tal manera que el *haiku* en nuestros idiomas es, en realidad, todavía más pequeño, más breve y sintético que los originales.

El *haiku* nada más presenta pero no interpreta, no elucida, no critica. Es un relámpago que de pronto ilumina una situación y nos permite ver todo, pero solamente por un instante. ¿Y qué podría ser más breve? Sólo diecisiete sílabas veloces para tratar de dar cuenta en el vertiginoso tumulto de la fugacidad *del tiempo presente*. Todo el paisaje cristalizado en un rayo de luz.

La observación apasionada, intensamente vivida, lo mismo que intensamente vívida, del vertiginoso viaje y de la fugacidad del instante es un verdadero desafío al tiempo. Y es que —aventuro la siguiente hipótesis— tal vez *el instante no forma parte del tiempo*. Ya Edmond Jabès nos había dicho que el instante se comunica sólo con el instante y que nada más a otro instante conduce... no a la eternidad. Quizá lo que pasa —y aquí estoy arriesgando una hipótesis muy alejada de los lugares comunes— es que lo que nosotros llamamos “este instante” no sólo no conduce a la eternidad, sino que tampoco



conduce ni se comunica con el pasado ni con el futuro. Tal vez el instante *ya es* la impensable eternidad. Una eternidad que nos ha parecido siempre inaccesible y que hemos tenido delante de los ojos toda la vida. Más aún: una eternidad que no vemos porque se manifiesta justamente en la realidad misma de nuestra mirada.

¿Por qué no pensar que el pasado conduce directamente al futuro y el futuro conduce directamente al pasado? ¿Por qué no pensar que tanto el pasado como el futuro constituyen esa realidad continua que llamamos “tiempo” *sin pasar por el presente*? El tiempo *es* el pasado y el futuro. En otras palabras: ¿por qué no reconocer que el tiempo cesa en la llama del instante? Dice Hannah Arendt en su ensayo “La brecha entre pasado y futuro: el *Nunc Stans*”:

El presente, en general el más fútil y resbaladizo de los tiempos —basta con decir “ahora” y señalarlo, para que ya se haya esfumado—, no es más que el choque entre un pasado, que ya no es, y un futuro que se aproxima, pero que aún no está ahí. El ser humano vive en ese intermedio, y lo que llama “presente” constituye la lucha de toda una vida frente al peso muerto del pasado, que, con la esperanza, le empuja hacia delante, y frente al temor de un futuro (cuya única certeza es la muerte), que le hace retrotraerse, lleno de nostalgia y recuerdos, a la “quietud del pasado”, única realidad de la que puede estar seguro.

¿Cuántos grandes poetas, a lo largo de los tiempos, han hablado de lo mismo: la unidad impensable del pasado, el futuro, el fin del tiempo y el reino inasible del instante? Y al ponerse a cantar el único paraíso que se nos ha concedido en el tiempo presente —y también el único infierno que conocemos: *el no reconocerlo*— los poetas no han hecho otra cosa que alabar con toda su alma la preeminencia de los medios y no de los fines. Como decía el maestro cubano Lezama Lima: “lo importante es el flechazo y no el blanco”. Los poetas, desde siempre, han hecho de la alabanza del viaje su verdadero oficio, mucho más que la del puerto de salida o la del siempre hipotético destino final.

“De ello se deduce —concluye Paul Valéry— que mi trabajo depende del camino y no solamente de los puntos extremos”. Depende de este preciso instante y no del pasado ni del futuro. O en palabras de uno de los más osados exploradores de estas profundidades, el poeta judío-alemán Paul Celan: “Un poema es el lugar donde lo que puede ser percibido y conseguido a través del lenguaje se aglutina alrededor de ese centro (de esa almendra) de la cual obtiene su verdad y su forma: alrededor del mero ser de este individuo (¿el poema o el poeta?), que desafía a su propio tiempo y el del mundo, el ritmo de su corazón y el de su era.”

¿Y que mayor desafío al tiempo, al mundo, al ritmo del propio corazón y a la época que nos ha tocado vivir, que una visión del tiempo no como un círculo, una espiral, ni como una línea sino como una serie interminable de puntos instantáneos? Un punto absoluto y real que no admite comparaciones. Porque sólo cesando de hacer comparaciones entre este instante y cualquier otro —es decir: con cualquiera otra imagen de cualquier otro instante, pasado o futuro— es posible apreciar la belleza y la totalidad de la vida. Tiene toda la razón Goethe cuando afirma: “El presente es un Dios muy poderoso”. Un tiempo puntual.

Ahora podemos comprender por qué Valéry insistía en que “si el objeto de un discurso es percibido como indiferente, como el fin de una marcha que se hizo únicamente por marchar, entonces el fin o el sentido no son sino medios”. Algo así como llegar a comprender que, para un verdadero creyente, Dios no es el destinatario final de sus plegarias ni el objeto último de la oración, sino que es tan sólo el medio más adecuado para acceder al estado de oración. “El verdadero objeto —dice Valéry— está en el presente, el medio es futuro. Lo que yo tiendo a ser no me sirve más que para ser lo que soy. Lo que intento decir no me sirve sino para decir”. Y la poesía, que, como la misma naturaleza, en realidad no pretende ser más que lo que es, nos sirve como vehículo para llegar hasta la totalidad de nosotros mismos: hasta llegar a comprender que ya somos lo que somos.

Imposible en este punto —en este instante— no citar completo el impar poema de Constantino Kavafis, “Itaca”, en la traducción de Miguel Castillo Didier que publicamos el año de 1976 en la revista de poesía *El Zaguán*. Un poema que, como muy pocos, da en el centro del blanco del saber que es el flechazo lo único que importa: porque lo único que cuenta es la poesía. Lo único que canta es la poesía:

Cuando hacia Itaca salgas en el viaje,  
desea que el camino sea largo,  
pleno de aventuras, pleno de conocimientos.  
A los Lestrigones y a los Cíclopes,  
al irritado Poseidón no temas,  
tales cosas en tu ruta no hallarás  
si elevado se mantiene tu pensamiento, si una sublime  
emoción tu espíritu y tu cuerpo embarga.  
A los Lestrigones y a los Cíclopes,  
y al feroz Poseidón no encontrarás,  
si dentro de tu alma no los llevas,  
si tu alma no los yergue delante de ti.  
Desea que el camino sea largo.  
Que sean muchas las mañanas estivales  
en que con cuánta dicha, con cuánta alegría  
entrarás a puertos nunca vistos:  
detente en mercados fenicios,  
y adquiere las bellas mercaderías,

ámbares y ébanos, marfiles y corales,  
y perfumes voluptuosos de toda clase,  
lo más que puedas perfumes voluptuosos;  
anda a muchas ciudades egipcias  
a aprender y aprender de los sabios.

Siempre en tu pensamiento ten a Itaca.  
Llegar hasta allí es tu meta.  
Pero no apures el viaje en lo absoluto.  
Mejor que muchos años dure:  
y viejo ya que ancles en la isla,  
rico con cuanto ganaste en el camino,  
sin esperar qué riquezas te dé Itaca.

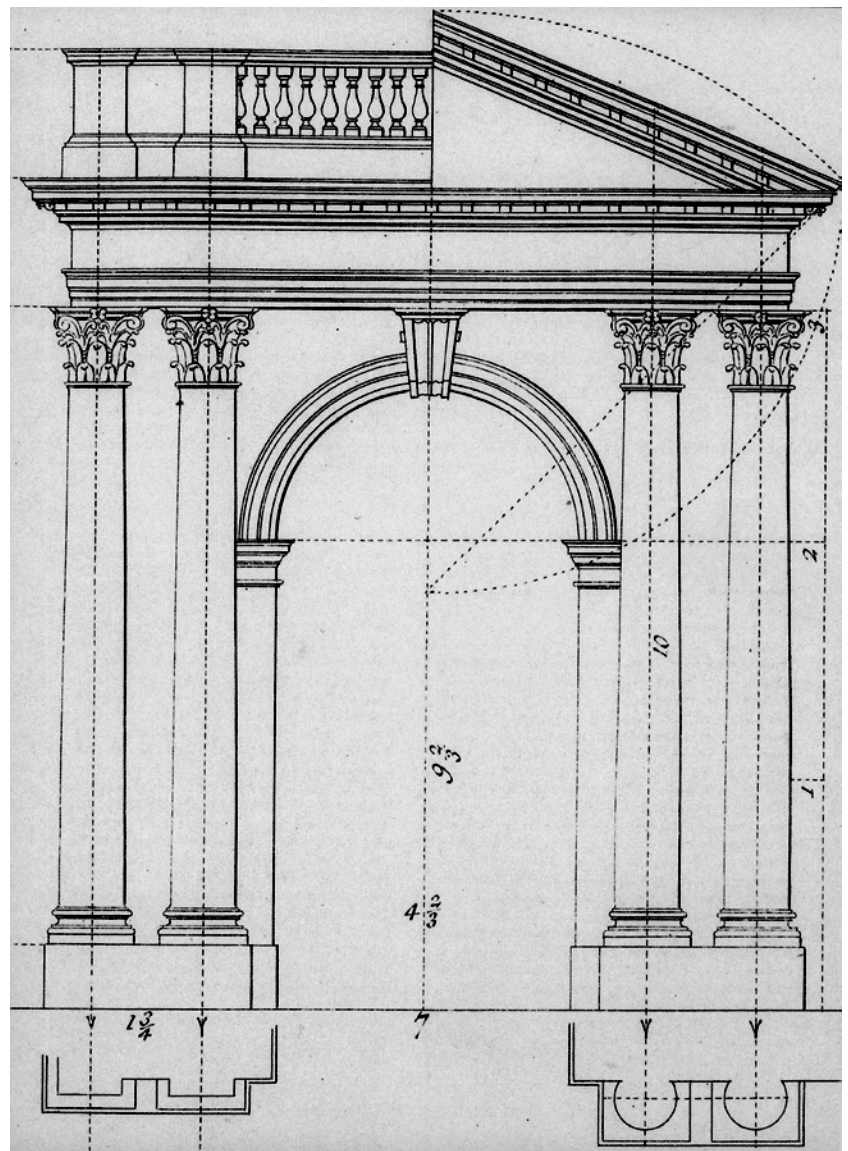
Itaca te dio la bella travesía.  
Sin ella no hubieras salido al camino.  
Otras cosas no tiene ya que darte.

Y si pobre la encuentras, Itaca no te ha engañado.  
Sabio, así como llegaste a ser, con experiencia tanta,  
habrás comprendido al fin lo que las Itacas significan.

Habiendo comprendido lo que las Itacas significan, podemos decir ahora que, si la poesía con minúsculas es el viaje, Itaca es La Poesía con mayúsculas: es el pretexto para el viaje; el pretexto para el texto, es el gancho en el cual colgar el hábito del canto, el poema, la oración. Porque bien puede ser que La Poesía no sea, como en esos dibujos en perspectiva de los arquitectos, más que un punto de fuga que ordena todas las líneas del proyecto; incluso no se descarta la posibilidad —muy factible— de que sea un punto de fuga que pueda quedar fuera de la superficie limitada del papel, fuera de nuestras posibilidades como poetas, más allá del alcance de nuestras vidas. No importa. “Es debido a un solo punto matemático que somos sabios —nos dice Thoreau en *Walden*— tal como el marino o el esclavo fugitivo no quitan sus ojos de la estrella polar; y un punto tal es suficiente para toda nuestra vida”.

Podemos no llegar a puerto, pero siguiendo a nuestra estrella polar estaremos en la buena ruta. Como en el poema de Kavafis, La Poesía nos habrá dado la bella travesía: los versos, el canto, la poesía. La Poesía nos habrá dado el fruto instantáneo del poema. Y es en este presente —en este instante que ahora mismo compartimos tanto en la escritura y la lectura como en la subsecuente reflexión— donde tenemos que buscar a final de cuentas y desde el principio mismo de la aventura y el viaje, la almendra del poema. He aquí el corazón del instante: el áureo vértice de la poética de nuestro tiempo; una poética que necesariamente pone en tela de juicio lo que significa “nuestro tiempo”.

Porque más allá de todas las especulaciones que podamos hacer al respecto, no tenemos ni conocemos otro



James Gibbs, s/t

tiempo que este instante. El tiempo del eterno presente. No el pasado ni el futuro. Sólo este instante. Como dice el hermoso poema de la gran poeta palestina Fadwa Tuqan:

#### UN INSTANTE

Amor, guardemos silencio, y no digamos  
“recuerdas cuando fuimos... alguna vez iremos...”  
¡Olvidemos el pasado y no invadamos el futuro!  
Este instante es el que cuenta  
sólo este instante, nada antes ni después.  
No tiene valor el tiempo:  
el ayer es una sombra que se desvanece  
y el misterio del futuro  
se extiende más allá de nuestro alcance...  
Tal vez tus sueños y mis sueños  
son distintos.  
Pero este instante  
único, radiante en nuestras manos  
es una flor magnífica de tiempo.



¡Disfrutemos, amor,  
antes de que se marchite!

No otra cosa (y casi con las mismas palabras) dicen muchos de los poemas prehispánicos que, a través de una serie increíble de peripecias y traducciones han llegado hasta nosotros. Por desgracia contamos con muy pocos textos provenientes del universo mesoamericano. Y de los pocos que conocemos, casi ninguno se remonta a los tiempos anteriores a la llegada de Hernán Cortés.

Pero los poemas, por más que no sean tan antiguos como los vestigios de muchas de las construcciones prehispánicas, sí son, a no dudarlo, el único reflejo propiamente escrito que tenemos de los antiguos pobladores de Mesoamérica. La única literatura. En todo caso, no tenemos mejor opción. Si de echar mano de la literatura prehispánica se trata no hay otra opción que la de atenerse al puñado de poemas recogidos por algunos de los misioneros españoles entre los conquistados en la órbita azteca y, en menor medida, en el mundo maya, cuyo esplendor había quedado ya muy atrás para cuando los europeos llegaron a sus tierras y transcribieron los *Libros de Chilam Balam* y el *Popol Vuh*.

Y son, precisamente, los poemas del mundo nahua los que mejor expresan su propia manera de concebir la poesía, así como su concepción del tiempo presente,

tanto en los textos como en el mundo. Lo que de modo genérico llamaron Flor y canto —*in xochitl in cuicatl*— es uno de los difrasismos nahuas de más profundo contenido. Flor y canto es lo más elevado que existe en el mundo. Flor y canto: naturaleza y hombre. Flor y canto es lo único verdadero sobre la tierra. Flor y canto: fugacidad del instante. Flor y canto: poesía.

Flor y canto, pero no para siempre: los cantos se acaban, las flores pasan y perecen, y como el amor en el poema de Fadwa Tuqan, todo se marchita. De ahí la tristeza del cantor que desearía la permanencia de sus flores para desmentir que la tierra carezca de fundamento o de verdad, y con ella, también sus atribulados habitantes. Pero basta que haya flores y cantos verdaderos, alguna vez. “Por un breve tiempo, por el tiempo que sea” como traduce Miguel León-Portilla la primera línea de un pasaje. De esto mismo habla el gran poeta Ayocuan Cuetzpaltzin cuando dice:

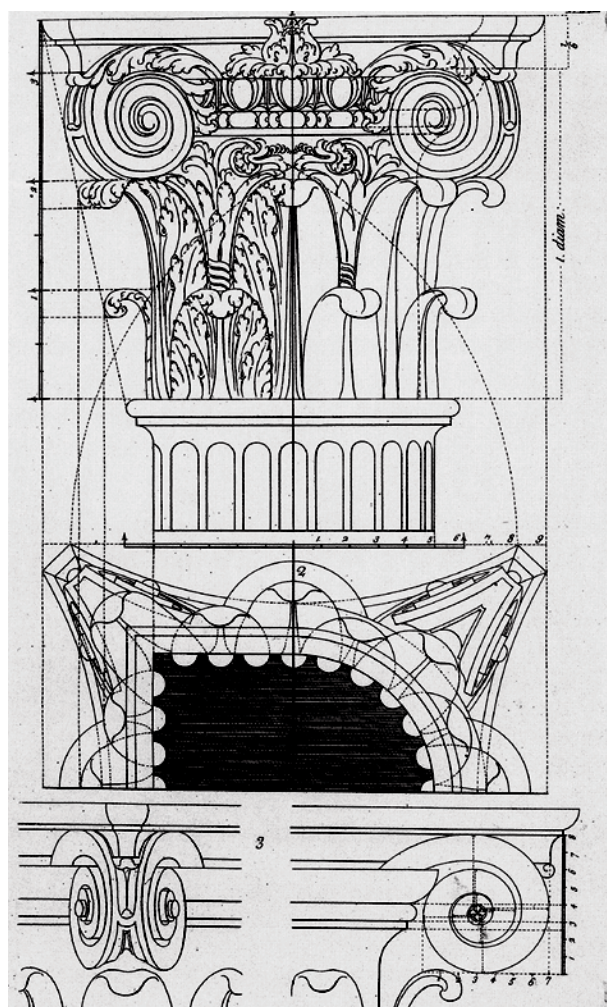
Ahora gocémonos, oh amigos míos, sean aquí los  
[abrazos.

Aquí vivimos sobre tierra florida:  
aquí nadie podrá poner fin a la flor y el canto  
que tienen su mansión en la casa del autor de la  
[vida.

Sólo un breve tiempo en la tierra:  
ya no será igual en el Reino del Misterio.  
¿Acaso allí hay alegría, hay amistad?  
¡No: solamente aquí: hemos venido a conocernos  
[en la tierra!

He aquí la expresión central de la aventura del ser humano en la tierra de acuerdo con el pensamiento de los poetas y pensadores nahuas: hemos venido al mundo con el fin de conocer nuestro verdadero rostro, nuestro verdadero corazón. Allá donde moran los Dioses es otra cosa. El Reino del Misterio. Pero aquí en la tierra, viviendo como seres humanos, la única forma concedida que tenemos de conocernos y de disfrutar así sea brevemente la vida es aceptando el incierto reino del presente. Entre lo absoluto y lo relativo: el incierto reino del presente.

Y termino este capítulo dedicado a la paradoja del presente, al encuentro improbable del pasado y el futuro en la mesa de disección del instante, al baile de este preciso momento y de la eternidad en el salón de espejos de la mente, con una cita del gran místico alemán Jacob Böhme que resume en unas cuantas palabras admirables lo que hasta aquí he intentado expresar: “Ahora pon atención en lo que te voy a decir. El Ojo Izquierdo mira hacia atrás: hacia el Tiempo. El Ojo Derecho ve hacia adelante: hacia la Eternidad. Si te contentas sólo con mirar a la Naturaleza y las Cosas del Tiempo, te será imposible llegar nunca a la Unidad que tanto anhelas”. [U]



James Gibbs, *El capitel compuesto*